

ENG

If it were still possible to isolate the material and immaterial spaces of life, we could continue to think about the toxic in terms of externality: An outside that damages the bodies beyond the function of the sensorium.

The senses are the place where the contact of the body with the ground is exercised, with other, with heat and fear. A contact space that is essential for the maintenance and care of life. In the process, these sensory contours are moulded, bent, infiltrated; seeping into the threshold of a noxious intellection, contaminated thoughts and poisoned senses, toxic ecosystems and corrupted social environments that fuse and reinforce each other. They are produced as much as they produce; the layers that connect those contours are inside and outside, in the sensitive and in the material, at the edge and at the overflow.

Although the boundaries between body and air have historically been thought of as stable elements, rather than as membranes that circulate oxygen and carbon dioxide from "inside" to "outside" and vice versa, their forms of action are mutable: from psychic and corporeal interiority to the toxic order of racial industrial patriarchy. Toxicity is a spiral engine, an arrow turned into a circle.

Based on works that approach these cycles, this exhibition displays forms of reciprocity that emphasize how the toxic infiltrates the introspection, change and resilience of life until it cannot be detached from it. They are works that point to the complexity that this mutual permeability implies in terms of representation. The toxic as an ontology can only be traced from the traces it leaves, the effects and modifications it causes, the behaviours it uses and the bodies on which it acts. And none of this is stable. Here, the artists have renounced the principle of self in favour of forms of malleability or channelling in which their artistic means are no longer given but are conceded as variables: fields of force where the materials of art become flows of matter and signs that are reassembled and transformed. The resulting works are equivalent to an aesthetic work that is dynamic and dialectical, which revolves around slippage of form, vocabulary, and media.

The poem that opens this text, and with it the exhibition, shows a form of poetry in which Bhanu Kapil resonates materials and words, allowing language to pierce the idea of the body as something complete. His poems expose subjectivity to a contact with the world that makes it adhere to its surfaces and environments. Imbued with past and present contact as much as your lungs re-bend what you have breathed until today, the contamination of the non-self on the self, the possibility of becoming and transforming, give account of an omnipresent toxicity that puts in crisis our idea of subject, and therefore the adequacy to how to represent it.

This difficulty also occurs in the eclecticism of Georgina Hill's box series. In them, the artist recovers the fascination for a mysterious, irrepressible, and hidden world where the body becomes aware, learns and assimilates through fascination and contact. After what Max Weber left to call, the disenchantment of the world (the longing of Western thought for absolute rationalization that explains the whole of the universe and disenacts it from its agency to function in the service of rationalist advancement), an inner vacuum is produced. As Yayo Herrero says: "Knowledge broke the knots that tied him to life in a pit and went astray." And it is precisely those knots, the elements that are most attached to life, which Hill uses as a counterweight to a toxic system supported by the forces of progress and growth. A sort of shelter where the body melts in contact with dry leaves, newspaper, false nails, or the warm light of an interior.

The gaze sneaks into these boxes slowly, letting subjectivity adhere to those internal surfaces. An interiority that becomes object in the gallery space through a series of sculptures in which Giulia Cenci uses the haptic to return our bodies to the complex cycle of physiological and sensory toxicity to which they belong. It is as if they gave what María Zambrano called poetic reason: the visceral need to overcome an isolated, abstract and instrumental perception: to distribute the logos through the bowels.

Looking closely at these "guts" reveals how Cenci's work in turn implies a transformation towards something that exceeds the human. Subjectivity approaches the synthetic and empathizes with a perception of the machine as something that must be articulated in complementary terms and not antagonistic to the human. What is toxic when you do not know who or what is the subject experiencing?

This question announces a crumbling, the self-breaks in the diaphragm through the deep notes of *κᾶρχεγκᾶ*, a sound installation by Jonás de Murias that makes the air of the gallery denser. In that density, our skin receives and bounces sound. It is, in the words of Bhanu Kapil, host and guest at the same time, makes us experience the permeability of the body. And if, even in this dense air, you believe that the body you call yours belongs to you, as if the distinction between body and mind or between "I" and the world could be maintained, imagine your corporeality suspended in the void.

Alejandro Alonso Díaz

CAST

Si aún fuera posible aislar los espacios materiales e inmateriales de la vida, podríamos seguir pensando lo tóxico en términos de exterioridad: un afuera que daña los cuerpos más allá de la función del sensorium.

Los sentidos son el lugar donde se ejercita el contacto del cuerpo con el suelo, con otros, con el calor y el miedo. Un espacio de contacto que es fundamental para el mantenimiento y cuidado de la vida. En el proceso, estos contornos sensoriales se moldean, se doblan, se infiltran; calando en los umbrales de una intelección nociva, de pensamientos contaminados y sentidos envenenados, ecosistemas tóxicos y entornos sociales corrompidos que se fusionan y refuerzan entre sí. Se producen tanto como producen; las capas que conectan esos contornos están dentro y fuera, en lo sensible y en lo material, en el borde y en el desborde.

Aunque los límites entre cuerpo y aire hayan sido históricamente pensados como elementos estables, más que como membranas que hacen circular oxígeno y dióxido de carbono desde “dentro” hacia “afuera” y viceversa, sus formas de acción son mutables: desde la interioridad psíquica y corpórea hasta el orden tóxico del patriarcado industrial racial. La toxicidad es un motor espiral, una flecha convertida en círculo.

A partir de obras que se aproximan a estos ciclos, esta exposición despliega formas de reciprocidad que enfatizan como lo tóxico se infiltra en la introspección, el cambio y la resiliencia de la vida hasta no poder desprenderse de ella. Son trabajos que apuntan hacia la complejidad que supone esta permeabilidad mutua en términos de representación. Lo tóxico como ontología solo puede rastrearse desde las huellas que deja, los efectos y modificaciones que provoca, los comportamientos que utiliza y los cuerpos sobre los que actúa. Y nada de esto es estable. Aquí, las artistas han renunciado al principio del yo en favor de formas de maleabilidad o canalización en las que sus medios artísticos ya no son dados, sino que se conciben como variables: campos de fuerza donde los materiales del arte se convierten en flujos de materia y signos que se reensamblan y transforman. Los trabajos que resultan equivalen a un hacer estético que es dinámico y dialéctico, que gira en torno a deslices de forma, vocabulario y medios.

El poema que abre este texto, y con él la exposición, da cuenta de una forma de poesía en la que Bhanu Kapil hace resonar materiales y palabras, dejando que el lenguaje perfore la idea del cuerpo como algo completo. Sus poemas exponen la subjetividad a un contacto con el mundo que hace que esta se adhiera a sus superficies y entornos. Impregnados del contacto pasado y presente tanto como tus pulmones recuerdan lo que has respirado hasta hoy, la contaminación del no-yo sobre el yo, la posibilidad de devenir y transformarse, dan cuenta de una toxicidad omnipresente que pone en crisis nuestra idea de sujeto, y por ende la adecuación a como representarlo.

Esta dificultad también se da en el eclecticismo de la serie de cajas de Georgina Hill. En ellas, la artista recupera la fascinación por un mundo misterioso, incontenible y oculto donde el cuerpo toma conciencia, aprende y asimila a través de la fascinación y el contacto. Tras lo que Max Weber quedó en llamar, desencantamiento del mundo (el ansia del pensamiento occidental por la racionalización absoluta que explique la totalidad del universo y lo desprovea de su agencia para funcionar al servicio del avance racionalista), se produce un vacío interior. Como dice Yayo Herrero: “El conocimiento rompía de un tajo los nudos que le ataban a la vida y se extraviaba”. Y son precisamente esos nudos, los elementos que más pegados a la vida están, los que Hill utiliza como contrapeso de un sistema tóxico sustentado por las fuerzas del progreso y crecimiento. Una suerte de refugio donde el cuerpo se deshace en el contacto con unas hojas secas, papel de periódico, uñas postizas o la luz cálida de un interior.

La mirada se cuela en estas cajas de forma pausada, dejando que la subjetividad se adhiera a esas superficies internas. Una interioridad que se vuelve abyecta en el espacio de la galería a través de una serie de esculturas en las que Giulia Cenci utiliza lo aptico para devolver nuestros cuerpos al complejo ciclo de toxicidad fisiológica y sensorial al que pertenecen. Es como si en ellas se diese lo que María Zambrano llamaba razón poética: la necesidad visceral de superar una percepción aislada, abstracta e instrumental: repartir el logos por las entrañas.

Al mirar de cerca estas “entrañas” se intuye como el trabajo de Cenci implica a su vez una transformación hacia algo que excede lo humano. La subjetividad se acerca a lo sintético y empatiza con una concepción de la máquina como algo que debe articularse en términos complementarios y no antagónicos a lo humano ¿Qué es tóxico cuando no se sabe quién o qué es el sujeto experimentador?

Ese desmoronamiento del yo se siente en el diafragma a través de las notas graves de κε'ρχεργε, una instalación sonora de Jonás de Murias que hace más denso el aire de la galería. En esa densidad, nuestra piel recibe y rebota el sonido. Es, en palabras de Bhanu Kapil, anfitrión y huésped a la vez, nos hace experimentar la permeabilidad del cuerpo. Y si, incluso en este aire denso, crees que el cuerpo que llamas tuyo te pertenece, como si la distinción entre cuerpo y mente o entre “yo” y mundo pudiera mantenerse, imagina tu corporalidad flotando en el vacío.

Alejandro Alonso Díaz